CAPITULO XXIV.

AFAN DE ARBACE.—UNA VENTA DE ESCLAVOS.—EL TRAFICANTE DE CARNE Ó CHALAN.—ORÍGEN DE LA ESCLAVITUD.—CONDICION DE LOS ESCLAVOS.—LO QUE SE PRACTICABA PARA QUE PARECIESEN JÓVENES Y ÁJILES.—AJUSTE.—UNA VISITA.

Eran las primeras horas del dia.

Arbace habia abandonado su lecho desde que la luz de la aurora, penetrando ténuemente al través de los espesos cortinajes, empezó á bañar su réjia alcoba.

Ione, su hechicera pupila, debia ir á visitarle despues de oculto el sol.

Desde el dia anterior, todos los esclavos se hallaban en movimiento en casa del gran sacerdote de Isis.

El poderoso egipcio queria deslumbrar á Ione con su magnificencia y su riqueza.

Para conseguirlo habia hecho colocar á la vista, todo lo mas brillante y suntuoso que poseía.

Pero aun no estaba contento.

Queriendo sobrepujar en lujo y explendidez á los personajes mas poderosos de Pompeya, encargó á Caleno que buscase con cuidadoso empeño lo mas exquisito y delicado que existiese en la ciudad, con respecto á esculturas.

Para que á la riqueza correspondiese el fausto en la servidumbre, comisionó á la vez al mismo Caleno para la compra de algunos esclavos de ambos sexos, aunque el número de los que tenia era ya exhorbitante.

Pero los romanos hacian consistir una parte de su magnificencia en la numerosa cifra de sus esclavos, y Arbace quiso manifestarse en este punto á la altura de los potentados de la capital del imperio.

Los grandes de Roma habian organizado su personal doméstico con toda la prodigalidad de una prodigiosa opulencia, estableciendo la division del servicio en su mas alta extension. En la casa de los ricos, no solamente no se dedicaba un solo esclavo al desempeño de una cosa, sino que se destinaban algunos para ella: así es que habia varios *atrienses*, encargados de cuidar el *atrium*, los *cubiculares* para el servicio de los dormitorios; los secretarios para escribir las cartas; los lectores, los introductores, los nomenclatores, el intendente, los cajeros, los contadores, los encargados de los teldos, los conservadores de la vajilla de plata y de oro, los encargados de los muebles, de los retratos de la familia, de las estatuas, de las mesas; los bañistas, los perfumistas, los cocineros, los directores, los catadores, los escanciadores ó coperos, los porteros, los palafreneros y otro número considerable de servidores encargados de otros ramos, pues no bajaban de ciento veinte empleos diversos los que se hallaban al cargo de los esclavos, y que por lo mismo se denominaba la *plebe de la casa*.

Pero á este número de servidores hay que agregar todavia otro digno de conocerse: el que estaba á las órdenes de la señora en particular.

La dueña de la casa tenia su servicio de esclavos aparte: sus porteros, sus perfumistas, sus peinadoras; sus encargadas de llevarle el agua, sus costureras [*sarcinatrices*], sus esclavas de silla, su portadora de abanico, otra dedicada á llevarle el quitasol, sus acompañantas, la cuidadora de su perrito; su nodriza, y otro número infinito que seria prolijo ennumerar.

Rico habia en Roma que tenia cuatrocientos, quinientos, y hasta seiscientos esclavos.

Se creerá que para mantener esta exorbitante cifra, tendrian grandes gastos sus amos; pero no era ciertamente así.

Los desgraciados no recibian otro alimento que el trigo en grano que ellos amasaban y cocian, ni mas bebida que agua. Respecto á su vestido, casi estaban desnudos, excepto aquellos que estaban dedicados al servicio personal.

Esto era con respecto á los ricos que no querian sacar provecho de ellos; pues por lo que toca á la generalidad, los amos los organizaban en cuerpos de obreros, sacando de su trabajo inmensas ventajas.

¡La esclavitud! Hé ahí uno de los terribles males arrojados sobre la humanidad por el azote de la guerra.

La esclavitud empezó declarando esclavos á los prisioneros de guerra.

A la desgracia de ser vencido, se agregaba ai caido la de no tener derecho ni aun para quejarse.

Pero esta era la creencia del bien de aquellos siglos, y nosotros no debemos exijir que estuviesen á la altura del derecho de gentes del nuestro, como no seria justo que los futuros tiempos nos echasen en cara algunos actos de política que actualmente consideramos necesarios.

Como los romanos llevaron sus armas triunfantes por todo el mundo entonces conocido, y los prisioneros de guerra se vendian como esclavos, el número de estos llegó á un guarismo fabuloso en la dominadora de las naciones.

Los soldados, á quienes sus generales les daban los prisioneros como botin, los enajenaban á un precio ínfimo, dando por resultado que cualquier familia medio acomodada, contase á su servicio con muchísimos esclavos.

La piratería abastecia ademas de esclavos á Roma.

Despues de la destruccion de Cartago, los romanos que se hicieron ricos, se acostumbra-

ron á tener mucha servidumbre; y los piratas, aprovechando la ocasion para alimentar su lujo, se pusieron en camino para apresar y privar de la libertad á los que encontraban.

Eran, pues, esclavos de derecho los cautivados en la guerra, y los que siendo mayores de veinte años se degradaban hasta el punto de venderse voluntariamente. Los hijos de esclavos quedaban en beneficio del dueño en cuyá casa nacian, y se denominaban *esclavos de nacimiento.*

Pero volvamos á Arbace.

Aunque el gran sacerdote de Isis tenia, como se ha dicho, gran número de esclavos, le encargó á Caleno la adquisicion de otros, á fin de que nadie pudiese competir con él en Pompeya en cantidad de servidores.

—Señor—dijo Caleno entrando con respeto al peristilo en que se paseaba el egipcio, preocupado en sus pensamientos—vengo á comunicaros que en este momento están de venta en una de las tiendas próximas al Foro, [*Forum*] gran número de esclavos de ambos sexos y de diversas edades.

—¿Quién los vende?

—El traficante no es de Pompeya.

—¿Pues de dónde?

—Acaba de llegar de Roma.

—¿Hay muchos compradores?

—Bastantes.

—Marchemos, pues: deseo encontrar algo que pueda llamar la atencion de Ione.

—Allí hallareis, en mi concepto, mucho que os agrade.

—¡Ojalá!

—Estoy seguro de ello.

—Salgamos.

Arbace, acompañado de Caleno, salió á la calle despues de haber ordenado á sus esclavos que arreglasen todo de la manera que él lo habia dispuesto.

El gran sacerdote de Isis y su confidente se dirijieron hácia el sitio indicado por el segundo.

Al llegar cerca del Foro, descubrieron un inmenso gentío que se apiñaba enfrente de un tablado que se hallaba próximo á una tienda.

—Ahí viene Arbace—dijo Estela; aquella muger del pueblo á quien vimos afanosa por recibir algunos correazos de los lupercos para tener sucesion.—Este sí que comprará, sin pararse en precio, lo mas selecto de los esclavos.

—Como comprarias tú, querida esposa, si contases con las riquezas que él.

—Ciertamente, esposo Eraste.—Si yo poseyese el oro que tienen algunos, fabricaria una casa aun mejor que la del edil Panza, y tendria tantos esclavos cuantas horas tiene el año.

—Pues no hay mas que esperar á ver si la fortuna cambia.

—Hace tiempo que espero.

—Pues no hay mas que aguardar mas, y contentarnos con ver que otros gozan.

—Aquí está el ministro de Isis: véamos qué compra.

El egipcio llegó en aquel instante á donde estaba la multitud.

El pueblo cubria enteramente la calle, dirijiéndo la vista hácia el tablado que, como he dicho, se hallaba próximo á una tienda.

Arbace penetró por entre la multitud que se abria con respeto á su paso.

Sobre el tablado, y puestos á la espectacion pública, habia varios jóvenes de ambos sexos, algunos niños y varios hombres de buena edad, en un estado casi completo de desnudez.

Eran esclavos de venta.

Cada uno de ellos tenia colgado al cuello y cayendo sobre el pecho, un rótulo escrito con letras rojas y negras. Algunos estaban con la cabeza cubierta con un gorro ridículo, de lana blanca: otros ostentaban una corona de ramas, y muchos tenian embarrados los piés con greda ó yeso.

Cuando el vendedor no queria tener responsabilidad sobre el estado bueno ó malo de la salud de los que vendia, les ponia el gorro blanco de lana: la corona en la cabeza indicaba el prisionero de guerra, y los piés enyesados, los esclavos llegados de Ultramar.

Encima del mismo tablado, y paseándose delante de los esclavos, se veia un hombre de innoble figura, de aire brutal y grosero, dirijiendo á la multitud palabras en que ponderaba las cualidades de los esclavos.

Aquel hombre era una especie de chalan, un *traficante de carne humana*, como se les denominaba.

—«Nada me obliga á vender, señores,—decia con una volubilidad y firmeza imperturbables:—no soy rico; pero no debo nada á nadie. A otros que no fuéseis vosotros no daria mis esclavos en el precio que os los doy. Ved, caballero—añadió dirijiéndose á Salustio que tambien se habia acercado, señalando á uno de los esclavos que vendia;—ved, repito, este jóven: examinad ¡cuan blanco es!..... ¡cuán hermoso desde los piés á la cabeza! ¡Admirad sus ojos negros, su lustrosa y negra cabellera!..... Oye perfectamente por ambos oidos; ve muy bien con ambos ojos, y está perfectamente sano de cuerpo y espíritu. Yo os garantizo su frugalidad, su probidad y su docilidad: obedece á la mas ligera señal; es un relámpago; hace cuanto se desea que haga. Sabe un poco de griego; canta, aunque no entiende música, y puede entretener perfectamente en un festin. Es un niño de las orillas del Nilo.

—¿Y cuánto vale?—preguntó Salustio.

—Antes de deciros el precio, deseo caballero que os convenzais de que vendo una cosa excelente—exclamó el chalan con la misma volubilidad; y aproximándose al esclavo y pegándole ligeramente en las mejillas con el reverso de la mano, añadió;—¿Escuchais cómo resuena? ¡Qué carne tan dura! ¡Las enfermedades no la asaltarán fácilmente!..... En ocho mil sestercios os lo doy, que es casi regalado.

—No; no era mas que una pregunta la que hacia: no lo compro.

—Ofreced por él, pues tengo ganas de serviros y de que lleveis una cosa buena.

—No; seguid.

—Separadle, que yo lo compro—dijo Arbace.—Despues nos ajustaremos.

—Está bien: vos, respetable sacerdote, vereis que habeis hecho una adqusicion excelente. Aquí teneis señores—continuó señalando á una jóven esclava, de una belleza notable—una niña de gracia singular: os garantizo su inocencia. ¡Ved cómo se sonroja!.....—exclamó haciéndola algunas caricias en el rostro—¡Qué mejor prueba de su virtud y de su modestia!.....

—¿Cuál es su precio?—preguntó Salustio.

—Seis mil sestercios.

—Doy cuatro mil.

—Es muy poco para el mérito de ella: ved su frente, ved sus bellos ojos; su boca de granado!..... Dad cinco mil, y llevadla.

—No, cuatro.

—Yo doy los cinco mil—dijo Arbace.

—Es vuestra.

—¿Ves, querido Eraste—advirtió Estela á su esposo,—como acerté al decir que Arbace no se detiene en precio?

—Ya lo veo. Pero mira quien marcha por ahí manifestando en su rostro la indignacion de este tráfico.

—¡Olinto!.....—exclamó Estela despues de volver la vista hácia el sitio que le indicaba Eraste.—Precipita el paso para no presenciar la venta.

—Nazareno—le gritó uno de los concurrentes, cerrándole el paso,—¿no quereis comprar algunos esclavos?

—Los discípulos de Jesucristo—exclamó Olinto con dignidad—no tienen esclavos, sino hermanos: su ley es de fraternidad: el rico y el pobre son igualmente prójimos para él, y su ley le dice: *ama á tu prójimo como á tí mismo:* vender al prójimo es vender al hermano; es ofender al Padre de todas las criaturas.

—¿Quiéres tú que un esclavo sea igual á nosotros?—le preguntaron varios del pueblo.

—Lo es realmente, como vosotros sois iguales á los potentados y á los emperadores: la excelencia del hombre no está en el brillo de su traje ni en la riqueza de sus palacios, sino en su inteligencia, en sus virtud, en sus buenas obras. Los tesoros terrenales engendran soberbia; los tesoros de la virtud humildad y amor al prójimo. *Quien se ensalzare será humillado, y quien se humillare, será ensalzado* (1). ¡Ambicionais las riquezas! Ambicionad mejor la pureza del corazon. *Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dáselo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo* (2). ¿Qué importa la elevacion del hombre en el mundo? *Muchos que eran los primeros en este mundo, serán los últimos, y muchos que eran los últimos, serán los primeros* (3). ¿Quereis ser de estos al perder la vida? Practicad la virtud; respetad estas máximas de eterna verdad: *No matarás; no cometerás adulterio; no hurtarás; no levantarás falso testimonio; honra á tu padre y á tu madre, y ama á tu prójimo como á tí mismo* (4). Detestad, pues, todo lo que se opone á las divinas máximas del Salvador: compadeced á los esclavos, en vez de gozaros con su desgracia: ved en ellos unos hermanos cuya suerte debeis mejorar, y en vez de venir á gozaros con la infame venta de vuestro prójimo, llorad con lágrimas de caridad la ceguedad de vuestros legisladores.

Las palabras del sacerdote cristiano, pronunciadas con la dignidad de un noble ministro del Señor, y con la fuerza que les prestaba la fé vívisima del corazon, asombraron al populacho.

Olinto, con la calma y la serenidad del justo, siguió su marcha, y la multitud le abrió paso, mirándole con pavor y respeto.

La voz del *traficante de carne humana,* llamó de nuevo la atencion de la multitud.

El chalan seguia pregonando las cualidades de los esclavos que vendia.

[1] *San Mateo, cap. XXIII, v. 12.*
[2] *San Mateo, cap. XIX, v. 21.*
[3] *San Mateo, cap. XIX, v. 30.*
[4] *San Mateo, cap. XIX, v. 18 y 19.*

—Ved á este niño de piel de ébano—exclamó acercándose á uno de los muchachos esclavos.—Vamos, demuestra á estos señores tus habilidades; haz algo que les revele tu talen- y tu gracia.

Y el niño se puso á dar saltos, vueltas y á hacer mil monadas delante de la multitud.

—¡Qué listo es!.....—dijo el vendedor—¡qué gracioso, qué bonito!..... Pero ciudadanos, entrad en mi tienda y allí os mostraré cosas verdaderamente exquisitas. Esto que está aquí no es mas que la muestra; todo lo mas raro, lo mas bello, mas delicado, admirable y seductor, está en los tablados interiores.

—Veamos—exclamaron varios de los espectadores.

Salustio, Arbace y Caleno, á la vez que otros muchos, penetraron en la tienda.

Como los ricos buscaban generalmente esclavos jóvenes de lujo, y estos escaseaban, los *traficantes de carne humana* inventaron las sofisticaciones para engañar á los compradores, Por medio de ciertas plantas, ó de la raiz del jacinto en infusion de vino dulce, y empleado en fricciones, retardaban en los niños las señales de la pubertad, ó las disminuian. Si tenian las formas demasiado endebles ó muy delicadas, les frotaban todo el cuerpo con trementina para correjir su sequedad ensanchando los poros de la piel, y haciéndoles capaces de contener bastante alimento. En una palabra, empleaban todos los medios de hacer valer sus mercancías, aun cuando para conseguirlo tuviesen que hacer sufrir á sus pobres víctimas.

Los chalanes eran con los esclavos, lo que los gitanos son para vender sus animales.

En la tienda en que entraron Salustio, Arbace y Caleno, se veian esclavos jóvenes de gran estima.

—Veamos qué es lo que nos vendeis—dijo uno de los concurrentes al chalan.

El vendedor hizo empezar entonces una especie de subasta al mejor postor, por un pregonero, delante del cual habia una mesa y una balanza.

Entre los esclavos habia una jóven de Alejandría y un niño del Nilo, que despertaron el deseo de adquirirlos entre los concurrentes.

Salustio y Arbace fueron los mas fuertes competidores; pero al fin la victoria quedó por el segundo.

El egipcio salió de entre los concurrentes, y teniendo un *as* en la mano, pronunció la formula siguiente: "Yo digo que esta jóven y este niño, por el derecho de Quirites (1) esto es, de los ciudadanos, me pertenecen, así como el jóven esclavo y la esclava que compré fuera, y que yo los he comprado con esta moneda y con esta balanza."

Y Arbace hizo sonar la pieza de cobre en la balanza, contó el precio convenido, y en seguida salió seguido de los esclavos comprados.

Salustio, que habia comprado un esclavo cocinero, mientras nos ocupamos de Olinto, ejecutó la misma ceremonia que era indispensable para la adquisicion de esclavos, y la subasta sigió entre los que quedaban.

Despues de haberse vendido lo mejor á cuatro mil, á seis mil, y hasta á ocho mil sestercios, esto es á ciento treinta y tres, doscientos, y trescientos sesenta y seis pesos, el resto no llegó á venderse mas que á dos mil sestercios, que equivale á poco mas de sesenta y siete duros.

[1] *Querites. Epíteto de los romanos de Quirino, su fundador; ciudadanos.*

El egipcio llegó á su casa contento de su adquisicion, y ordenó al cuidador de esclavos, que vistiese á los que acababa de comprar, lo mejor posible.

—Esa jóven de Alejandria será un regalo que apreciará mucho Ione—dijo el gran sacerdote de Isis á Caleno.

—Sin duda alguna: el presente es digno de vos para ella.

—Veamos, ahora, si se han ejecutado las órdenes que con respecto al adorno he dictado.

Arbace, acompañado de Caleno, se dirijia á recorrer las piezas para ver si todo estaba en el órden que él habia dispuesto, cuando se presentó un esclavo diciendo:

—Señor, un caballero pregunta si puede hablar con vos.

—¿Su nombre?

—No lo ha dicho; pero anuncia que tiene cosas importantes que comunicaros.

—¿Cosas importantes?

—Sí señor.

—Que entre.

El esclavo se fué, y poco despues se presentó un hombre de noble aspecto y de interesante figura.

Arbace y Caleno fijaron la vista en él, á la vez que el que llegaba clavó la suya en el primero.

La sorpresa del egipcio y de su confidente fué marcada.

La fisonomía del otro no señalaba ninguna alteracion de espíritu.

—¿A quién buscais en mi casa?—preguntó el gran sacerdote de Isis, con acento algo severo.

—A vos.

—¿Qué me quereis?

—El asunto que me trae, es privado, y no estamos solos.

—En ese caso, volved mañana, porque ahora tengo asuntos de importancia que desempeñar prontamente.

—El que vengo á comunicaros no será de menos interés.

—Sin embargo, me veo precisado á atender por de pronto al primero.

—En ese caso esperaré.

—¿Esperar?..... —dijo maravillado Arbace.

—Creo que no me privareis de la honra de permanecer en vuestra casa.

—Pero puedo tardarme.

—Por mi no tengais cuidado.

—El asunto es largo.

—Yo no tengo prisa.

—Pero.....

—Nada; os esperaré.

Arbace miró asombrado á su interlocutor.

Caleno participaba del mismo asombro.

El aplomo y la exigencia de aquel hombre llamaron la atencion de ambos.

El individuo que solicitaba la audiencia permanecia tranquilo.

Arbace comprendió que se las habia con un carácter firme.

Su mirada penetrante y su conocimiento de los hombres, le hicieron ver en la franca fisonomía y en la dignidad sin afectacion de su interlocutor, la intencion de no desistir de su propósito.

El egipcio tenia que prepararse para recibir á Ione, y le importaba deshacerse de aquel hombre para quedar libre.

—¿Me asegurais que será corta vuestra conferencia?—preguntó Arbace viendo que era indispensable acceder.

—Muy corta.

—En ese caso tened la bondad de seguirme: voy á complaceros.

—Gracias.

Arbace condujo á nuestro personaje hácia el *tablinum*.

Caleno les veia alejarse, maravillado de la condescendencia del egipcio.

El gran sacerdote de Isis marchaba con aire magestuoso.

El individuo que habia solicitado la entrevista, iba á su lado con sereno continente.

Ambos marchaban sin hablar palabra.

Caleno, imaginando que Arbace tuviese que comunicarle alguna órden secreta, empezó á marchar tras ellos.

Al llegar al *tablinum* el gran sacerdote de Isis, quedándose en la puerta, hizo que pasase por delante el personaje con quien iba.

Entonces Caleno, acercándose á toda prisa al egipcio, pero sin que lo advirtiese el que habia entrado, le preguntó en voz baja:

—¿Quereis que permanezca cerca?

—No es necesario.

—¿Y si ese hombre intentase.....?

—Nada temo: traigo en mi compañía un amigo imponente—dijo Arbace abriendo el manto, y dejando ver un puñal con puño de oro que llevaba en la vestidura.—Id á que mis esclavos se ocupen de ejecutar mis órdenes.

Caleno obedeció, y Arbace, cerrando por dentro la puerta del *tablinum*, se dirigió hácia donde estaba el hombre que le esperaba.